

Hay en la factura de este libro una regularidad clásica y majestuosa que revela al autor veterano, al *maestro* en la más amplia acepción de la palabra, que tiene bajo llave el manantial de la inspiración, y no lo suelta sino cuando conviene. En otro tiempo Zola obedecía más á su temperamento de colorista exuberante, al modo de Rubens: hoy sabe castigarse, podarse la ramazón viciosa, y suprimir lo que no llenaría más objeto que el de una satisfacción sensual de la pluma. Pasajes crudos, los que cree indispensables, y nada más. Á pocos tajos quedaría la novela capaz de que la leyesen las consabidas *señoritas*, esas que tanto rompen la cabeza á los artistas con su quebradiza y volátil inocencia. Verdad que eso poco que convendría suprimir... es canela fina. Zola lo habrá juzgado necesario, cuando allí lo plantó tan deliberadamente como si le plantase una divisa á un toro. Siempre el cálculo, cálculo en cierto modo frío, cálculo que daña. Tolstoy no calcula, y sus crudezas no hieren como las de Zola.

En *La sonata de Kreutzer* no se trata del *dinero*, sino del *matrimonio*, que en opinión del novelista-vidente está muy mal arreglado: una de las ruedas más comidas de orín que hay en la dichosa máquina. Para hablar con más exactitud, el alegato de Tolstoy no va solamente contra el matrimonio, sino contra casi todas las formas de la relación sexual, entre ellas el *amor*, sentimiento que el novelista niega en redondo por boca del protagonista, representante de las opiniones del autor durante toda la novela.

Empieza ésta por una breve conversación que en un departamento del tren sostienen varios viajeros, y es un modelo, en que no sobra palabra, y rápidamente se plantea el problema y se dibuja el carácter del héroe y el drama de su vida. La discusión, que versa sobre el matrimonio, es un compendio de las opiniones vulgares acerca del eterno pleito, — desde la del marido autoritario que observa el Código del tiempo de Iván el Terrible y resuelve las dificultades conyugales con

una tranca, hasta la de la jamona sentimental que todo lo arregla con la armonía de los corazones.—Entonces un caballero nervioso, taciturno, de ojos inquietos, que ocupa un rincón del coche y suele mirar con azoramiento por el vidrio, toma parte en la discusión y la domina. Comienza por negar desdeñosamente la existencia, y sobre todo la persistencia de esa armonía ó gemelismo de los corazones, fenómeno tan extraño en su concepto, como sería que en un saco de garbanzos se colocasen juntos dos garbanzos marcados con la misma señal. El matrimonio, tal cual hoy existe, es una violencia y un embuste; pero predicar el amor libre sería volver á la promiscuidad sexual, y puesto que la antigua base está resentida y no sostiene el edificio, construyamos una nueva, sin autorizar el libertinaje.

¿Quién es el que así reforma el matrimonio? No tardamos en saberlo; no es un teórico, sino un práctico, que habla por experiencia: es un *médico de su honra*,

el famoso Posdnicheff, matador de su mujer, por celos, dice la gente; por culpa de la institución matrimonial, afirma él cuando relata la historia de uxoricidio que da asunto á la novela.

Para juzgar desapasionadamente el extraño libro de Tolstoy, es preciso distinguir al artista del apóstol. El primero es grande, excelso, más instintivo y espontáneo que Zola, y por lo mismo más admirable. En Tolstoy resalta el fuego, el ímpetu, la divina frescura de la inspiración. Por lo cual, las obras de Tolstoy son más desiguales entre sí que las de Zola. Los productos del arte industrial, resultado de combinaciones mil veces ensayadas con resultado feliz, tienen mayor homogeneidad; los del arte instintivo son irregulares, ya imperfectos, ya magníficos. No afirmaré que en Zola domine el mecanismo: artista es y tiene su musa: lo que digo es que la inconsciencia soberana que en momentos dados acumula todas las facultades de un artista para producir la chispa eléctrica de la inspiración, la

posee Tolstoy en mayor grado: en Zola se ve el *homme du métier*, el literato de oficio. Tolstoy podrá escribir fábulas originales, pero endebles, verbigracia, *Pánfilo y Julio*; en cambio, cuando acierta, marca la huella profundísima de su garra de león, creando un drama tan real, tan hondo, tan amargo, tan sublime — no es hiperbólico el elogio — como *La sonata de Kreutzer*, acaso la novela más profunda y genial de la temporada de 90 á 91.

Insisto en la distinción entre la parte apostólica y la parte artística de *La sonata de Kreutzer*. Las ideas de Tolstoy acerca del amor, el matrimonio, los hijos, las relaciones sexuales, la sociedad, el arte, etc., pueden parecernos más ó menos desacertadas, y hasta en ocasiones completamente extravagantes, desprovistas de todo asomo de buen sentido: lo que subyuga, fascina y asombra, es el modo cómo esas ideas se expresan, la elocuencia y concisión con que las emite, su novedad, su fuerza trágica, su entereza, su

calor obscuro, su ironía, su alto desdén. No es la primera vez que un novelista habla por boca de sus héroes, y les obliga á raciocinar y demostrar; generalmente este método produce enfadosas disertaciones, donde se ve el artificio, como se ven los hilos de la marioneta. Tolstoy salva el escollo. Su héroe Posdnicheff no es una teoría, es un hombre, un hombre admirable, apasionado, nervioso, maniático; un ser vivo que habla y piensa conforme siente: sus ideas no parecen destiladas de lecturas, como las del Segismundo de *L'argent*, sino hijas de la voluntad, del carácter: no diserta: en frase afilada y contundente define una situación moral, y analiza su propia alma, con sagacidad atroz. Si los pensamientos son extraños y aun absurdos, los sentimientos son tan naturales, tan verdaderos, tan terribles, que á veces producen el deslumbramiento del relámpago. La obra está cuajada de observaciones de zahorí, análogas á la siguiente, que pinta la antipatía de Posdnicheff contra su es-

posa. «Yo miraba cómo servía el te, cómo columpiaba el pie, cómo se llevaba á la boca la cucharilla, cómo soplababa sobre un líquido caliente ó lo aspiraba, y detestábala, por estos actos, igual que la detestaría por una mala acción!»

El argumento de *La sonata de Kreutzer* es, aunque dramático, sencillo y vulgar: en un matrimonio acomodado, de buena posición social: después de algunos años de mala armonía, disimulada ante el mundo, cae la mujer en un desliz que el marido advierte, espía, sorprende y castiga, matando á la infiel y siendo absuelto por los tribunales. Ni más ni menos, y no puede haber conflicto más traído y llevado en dramas y novelas. La originalidad consiste, no en el hecho mismo (aunque narrado de un modo insuperable), sino en el cerebro del héroe, en los extraños móviles internos que le determinan á la tremenda acción de dar muerte á una criatura humana.

Posdnicheff (los nombres, en la novela rusa, siempre me estorban un poco) es hijo de un rico hidalgo de la estepa, y ha seguido la carrera de Derecho, pasando su juventud «como los demás cumplidos caballeros, es decir, como un libertino», aunque conceptuándose casi virtuoso, pues ni seducía, ni ofendía á la naturaleza, ni engañaba á sus compañeras de crápula, ni les negaba el estipendio. Al mismo tiempo tenía resuelto casarse, y soñaba una vida conyugal alta y poética. El sueño se realiza á los treinta años: Posdnicheff, «anegado en podredumbre» busca la doncella más pura y más casta, y se casa con ella, creyendo amarla con amor del espíritu, cuando en realidad lo que mediaba era cierto paseo en bote, un habilidoso manejo de la futura suegra, un jersey indiscreto que le sentaba muy bien á la chica, y los resultados incendiarios de todo ello. «Fácil era capturarme», dice, «porque me encontraba en las mejores condiciones, bien mantenido, ocioso, y porque á un hombre de mi clase social

le basta cerrar la válvula, unos días de buena conducta, para sentir cierta inquietud que provoca inmediatamente la ilusión amorosa. La mayor parte de nuestros idilios y casamientos, son resultado de la mesa. No trabajamos, y la sobra de comida la desahogamos por la puerta de los sentidos».

Cásase, pues, muy ilusionado el héroe, y á los pocos días, durante lo que él llama la antipática y engañosa luna de miel, advierte la horrible equivocación: satisfecha la materia, el espíritu habla claro, viene el hastío, la náusea, surge la primer discusión, y el marido nota en el rostro de su mujer, no sólo tristeza, sino una expresión *de odio*. Son estas páginas de las más amargas y hondas de la novela, porque son verdaderas, verdaderas hasta el desconsuelo. ¡Cuántos y cuántos matrimonios han ascendido por ese calvario! ¡Qué bien estudiados los síntomas del mal, y cuán fáciles de observar á nuestro alrededor! ¡Qué vivos esos novios que durante los días anteriores á la

ceremonia *no saben qué decirse*, siendo la conversación para ellos un trabajo de Sísifo, porque lo que realmente solicitan uno de otro «no se resuelve con palabras»! ¡Qué desgarrador el drama (en apariencia cómico) de aquella luna de miel brutal en el hombre libertino, dolorosa en la mujer inocente, que, enervada y atónita, siente germinar, en vez de santo cariño, la hostilidad de la esclava contra el vencedor! ¡Qué inmoral en el fondo esa unión sancionada y protegida por las leyes, pero maldita desde su origen!

Miradas las cosas desde el punto de vista en que se coloca Tolstoy, el matrimonio de Posdnicheff tenía que parar en lo que paró al fin; y los muchos que conocemos y que á ese pueden compararse, si no terminan de un modo tan trágico al exterior, por dentro son pura tragedia, tragedia moral. Hasta aquí estaríamos de acuerdo con Posdnicheff; pero la manía de este elemento lúcido y razonador consiste en generalizar, afirmando que ninguna relación sexual puede tener distinto carácter de la

que á él le arrastró por tan funesto camino. En su sentir, el único matrimonio «digno del ser humano» es un enlace parecido al de San Valeriano y Santa Cecilia, ó al de Tobías en las tres primeras noches de sus bodas con Sara, cuando los cónyuges rezaban, mientras el ángel Rafael tenía al demonio muy atadito en el desierto del Egipto superior. Y aún va más lejos Tolstoy que el señor Dios de Israel, pues éste permitió á Tobías que hiciese vida maridable con Sara *solâ posteritatis dilectione*, y Tolstoy ni aun eso consiente: cuando le arguyen que se extinguirá el género humano, responde airado: «¿Y de qué sirve que no se extinga?» No le salgan á él con que la unión conyugal se funda en la ley natural de la conservación de la especie; no hay tal ley natural; el comer sí es ley natural; por eso nadie se avergüenza de comer, mientras lo *otro* es vergonzoso, humillante, ingrato; y el odio que se tienen el hombre y la mujer saciados, es el rencor de cómplices de un crimen. Más radical que San Pablo y que

todos los Padres de la Iglesia, el iluminado Tolstoy sostiene, no sólo la mayor perfección del estado de virginidad, sino que es el único humano, y los demás propios de monos ó cerdos.

Uno de los síntomas curiosos de este criterio de Tolstoy es el desprecio y cólera que manifiesta contra los médicos, tratándoles de fautores de la sensualidad, embaucadores y farsantes. ¡Gracioso desahogo de idealista empeñado en enmendarle la plana al Autor de la naturaleza, que le impuso la ley de conservarse y derramó mieles dulcísimas en el cumplimiento de esa ley, de nadie eludida sin lucha y acerbo sacrificio, por lo cual la sabia teología católica representó á la virginidad con la palma de los combatientes vencedores!

Palpamos ya la originalidad de la novela de Tolstoy: el héroe no es aquel clásico esposo ofendido, lastimado en su honra, de los viejos dramas: ni una sola vez sale á relucir el majestuoso fantasma del honor, y para mayor extrañeza, Posdni-

cheff en lugar de creer que su esposa ha cometido adulterio, entiende que no hay en todo este cotarro más adúltero que él mismo, el marido asesino ó justiciero. Citaré textualmente. «Hay que comprender la verdadera significación de las palabras del Evangelio según San Mateo, versículo xxviii.... Que todo aquél que pusiere los ojos en una mujer para codiciarla, ya cometió adulterio en su corazón con ella...., palabras que se aplican no sólo á la mujer ajena, *sino sobre todo á la propia.*» Á la cual por lo visto debe mirar el marido como miraría á un guardacantón.

Confieso que, á pesar del respeto que me inspira el genio del autor de *La Sonata*, y de lo que me hacen reflexionar y sentir muchos pasajes de su libro, otros me incitan al humorismo, aunque no me indignan, porque el caudal de indignación debe tenerse de reserva para la necedad, y Tolstoy jamás da en necio, sino en visionario y estrambótico. Eso de que á un hombre honrado no le sea lícito de-

retirarse y acaramelarse con su propia mujer sin cometer adulterio y descender al nivel de los marranos y los jimios, á la verdad, me parece duro. Si se restan de la vida las pocas venturas que ni prohíben las leyes, ni la sociedad, ni la religión, vaya V. á averiguar qué ocasiones de bendecir á Dios encontrará esta humanidad mísera, que vive tan cortos y atormentados días, suspendida sobre el abismo de la muerte. Ya sé que Tolstoy puede robustecer su dictamen con el de bastantes escritores místicos, entre ellos uno de los más tolerantes y suaves, el autor de *Filotea*, que proscribe el exceso de regalos y vehemencias entre casados, reprobando hasta los recreos del pensamiento más lícito, como se verá: «Propio es de espíritus abandonados, viles, abatidos é infames, pensar en los manjares y viandas antes de la hora de comer, y mucho más complacerse después de la comida en el gusto que se ha de tener comiendo, tomándolo por asunto de las conversaciones y pensamientos, y revolcando su espíritu en la

memoria del placer que se sintió al tragar los bocados: así lo hacen aquellos que antes de comer tienen puesto el pensamiento en el asador, y después de comer en los platos, hombres que merecían ser galopines de cocina, y que tienen por Dios á su vientre, como dice el Apóstol: pero las gentes honradas sólo piensan en la mesa cuando se sientan á ella, y después de haber comido se lavan las manos y la boca para que no les quede ni el gusto ni el olor de la comida». La exhortación del santo no conforma enteramente con las de Tolstoy, pues San Francisco de Sales no es nihilista, ni quiere que se acabe la especie humana. Sin embargo, por esas imágenes de comida, vientre y asador, cualquiera confesará que la teoría de Tolstoy no es sino exageración ó nota aguda del desprecio místico de San Francisco de Sales.

Volviendo á la novela, como Posdnicheff no ha tenido con su mujer, desde el primer día, más que el pensamiento en el asador, y nunca en el espiritual ban-

quete del amor verdadero y purificado, que, mal que le pese á Tolstoy, y sin alarde de sensiblería, podemos afirmar que existe, su unión está en realidad llevada de pateta, su alma vacía, su hogar frío y su mujer aburridísima, deseosa, acaso sin saberlo, de salir de aquel estado de insipidez y hostilidad, aunque sea comiéndolo un desafuero muy gordo. Hemos de convenir en que la pobre señora no se encuentra en las mejores condiciones para perseverar en la virtud, con un marido que la agarra del brazo y le deja marcados los dedos, diciéndole después con la mayor amenidad: «¡así revientes!»; y todo esto, antes de la letra, es decir, antes que la desgraciada hubiese dado celos á su amable dueño y señor. Si Posdnicheff no fuese, como en realidad es Tolstoy, la conjunción del genio y la locura, vería que en lugar de matar á su mujer, lo justo es que él perezca, por bárbaro, por desconfiado y por groseramente comilón. Es evidente que al héroe de *La Sonata* le faltan muchos tornillos, y hay

en su violentísimo carácter (dicen que Tolstoy lo tiene así) un fondo de impulsión homicida. Ha nacido para cometer tarde ó temprano el crimen, y por eso encierran profundo sentido sus palabras, cuando dice: «Creen los imbéciles que yo maté á mi mujer el 5 de Octubre. No, la maté mucho antes; la maté desde el día en que miré á una mujer con espíritu de concupiscencia». Sí; Posdnicheff tenía que matar, porque sus frenéticas pasiones le conducían, á despecho de su talento y cultura, á sucumbir á la tentación sangui-naria que suele enlazarse con cierto género de excesos, como demostró Zola en un personaje de *La Bestia humana*, y como reconocen Lombroso y otros ilustres médicos, de esos que tanto aborrece Tolstoy.

Desde las primeras páginas se ve venir la doble catástrofe: la mujer lanzada á la traición, el marido al parricidio. Llega á su tiempo el suceso, con admirable naturalidad; en pocos renglones, la escena se destaca con todo su realce; y en esto no

se puede discutir á Tolstoy: nadie narra, nadie dialoga como él; produce, narrando, impresión tan fuerte y viva como la presencia del objeto mismo. Es cosa de ponerse de rodillas. ¿Qué será Tolstoy en ruso, si en las traducciones conserva tal vigor, tal pujanza?

Hay que leer, con la cabeza descubierta, las últimas desgarradoras escenas del drama; la aparición del seductor, aquel músico ridículo y cursi, y, sin embargo, hecho de molde para determinar la explosión lentamente preparada en el alma de la esposa de Posdnicheff; porque un observador como Tolstoy no ignora que ciertos gravísimos trastornos morales no son fruto de un día, ni de un año, ni es causa eficiente de ellos nada exterior al alma misma. Hay que meditar las ideas de Tolstoy sobre la influencia de la música; hay que estudiar, como el escultor estudiaba desesperadamente un modelo griego, aquellos últimos capítulos tan sucintos, tan intensos, tan vibrantes de terror en su siniestra calma. Hay que notar también

que Tolstoy, el enemigo de la ciencia médica, no omite, al referir el crimen, las observaciones más profundas de la moderna patología criminal: el *sueño* del delincuente después del acto, y la *amnesia* ó pérdida de la memoria del hecho.

Ni *Ana Karenine*, ni ciertas partes de *Guerra y Paz*, ni los *Cuadros del sitio de Sebastopol*, ni la *Novela de un caballo*, revelan las soberanas facultades de novelista que posee Tolstoy más espléndidamente que *La Sonata*. Esto es verdad y hay que proclamarlo; pero en orden á la reforma social que propone esta novela, á su nueva base del matrimonio, que ha de dar por resultado la extinción del género humano, si á veces me ocurre decir como el interlocutor de Posdnicheff, «que me parece cosa muy nueva», otras se me figura una de esas caducas herejías de los primeros siglos del cristianismo, resucitadas por el racionalismo nihilista. No hay que asustarse: la cosa no traerá consecuencias, el matrimonio continuará

resolviendo más enigmas de los que propone, y lo que Tolstoy califica de «ocupación de monos» seguirá siendo, como decía Voltaire, la tela de la naturaleza, bordada por la imaginación con arabescos lindísimos.

